

EPÍLOGO

PERSPECTIVAS

Vida es impensable sin movimiento.
Moshé Feldenkrais

En el corazón de este libro hay un proceso orgánico que es simple y milagroso a la vez. Al igual que una flor que se despliega con toda su belleza dentro de su propio tiempo se desarrolla la vida en el infante, expresándose en primer lugar a nivel de movimiento. Es un proceso fundamental para toda la vida y la madre de todos los aprendizajes.

La espiral de la vida va creando un microcosmos de movimiento, de continuo crecimiento y aprendizaje. La inmensidad y velocidad de este aprendizaje es vertiginosa y un canto a las cualidades del sistema nervioso humano y sus potencialidades.

El libro explora este despliegue en un plano descriptivo desde una perspectiva holística, personal y también desde el *sentido común*, en línea con Aristóteles: una síntesis de todos los sentidos. Nuestra mirada es solo una de muchas posibles para observar este proceso, pero con la particularidad de dar prioridad al punto de vista apreciativo.

La pregunta que nos falta explorar un poco más es ¿cuáles son las *variables* para que este proceso pueda florecer con toda su belleza? Más allá de la vitalidad e inteligencia intrínseca manifiesta en el proceso de desarrollo se plantea ineludiblemente la *dimensión educativa*, en el más profundo sentido de la palabra. *Educare* significa en latín «guiar hacia fuera». El paradigma detrás es profundamente humanista porque confía en que el ser humano nace completo y competente, aunque inmaduro, y solo necesita el espacio y el tiempo adecuados para encontrar y asumir su potencial innato, paso a paso.

Una antigua sabiduría africana dice: «Para criar a un niño hace falta todo un pueblo» (*It takes a village to raise a child*). Siempre

me ha tocado esta frase cuando se me ha cruzado por el camino. Tal vez, en parte, debido al hecho de que a mi mujer, Vanesa, y a mí nos tocó —como a tantos otros padres— criar a nuestros niños en un ambiente urbano occidental moderno y sin la cercanía geográfica de los abuelos u otros parientes. Vivimos en carne propia la falta de «pueblo» con todas las consecuencias.

Sin embargo, hemos decidido sustituir el enfoque negativo de la situación por una búsqueda proactiva de nuevos recursos, porque el «pueblo» en realidad se puede entender como un *conjunto de recursos*. Estamos convencidos de que con un análisis adecuado es posible encontrar nuevas formas de estos recursos y recrear el «pueblo» integrándolo en la vida moderna occidental, incluso urbana.

Nos guía una serie de preguntas que queremos compartir en este contexto, aunque no tengamos todas las respuestas:

- ¿Será posible sustituir el «pueblo entero» a través de una concienciación determinada?
- ¿Cómo desarrollar un criterio de educación propio, auténtico y conectado con el instinto natural de padre o de madre?
- ¿Cómo no desorientarse por el exceso de información (contradictoria) en el «mercado»?
- ¿Cuáles son los nuevos recursos que necesitamos desarrollar?
- ¿Cómo podemos dar a nuestros hijos las condiciones que necesitan para sentirse preparados a desplegar sus alas cuando llegue el momento?
- ¿Cuál podría ser un marco idóneo para recrear las condiciones de «pueblo» dentro de la vida urbana moderna y fácilmente integrable?
- ¿Cuáles son las experiencias esenciales que tiene el niño en un contexto de «pueblo»?
- ¿Cómo potenciar la gracia de la crianza?
- ¿Cómo crear un marco que provea las condiciones necesarias para facilitar el aprendizaje?

Según nuestro modo de ver el desarrollo, es la *exploración* lo que se encuentra en el núcleo del proceso, especialmente en la primera

infancia. Hay investigaciones que muestran que el infante explorará si se siente seguro y si explora aprenderá, simplemente por el funcionamiento de nuestro sistema nervioso. Si aprende puede desarrollar sus competencias, no solo motrices sino también cognitivas, emocionales y sociales. Si el infante se convierte en una «máquina de aprender» (Feldenkrais) podrá expandirse, adaptarse y convertirse en un ser humano maduro y dueño de todo su potencial y podrá imponerse a las ineludibles dificultades de la vida. Para eso necesita un sólido fundamento que es exactamente lo que provee un buen desarrollo a nivel de movimiento.

Como hemos mencionado, la sensación de *seguridad* es clave para el infante. Primero la consigue a través de un vínculo vivido como seguro con, por lo menos, una persona de su entorno. ¿Qué necesitan saber, aprender o desarrollar los padres, u otras personas a cargo, para dar esta seguridad? La clave está en la *calidad de interacción*. Es un hecho afirmado no solo por Pikler, sino también por Boyle, Papousek y muchos otros autores. En la interacción se juegan todos los aspectos que crean la sensación de seguridad en el infante, en primera instancia por empatía.

Tenemos aquí un aspecto importante del «pueblo». Boyle asegura que el niño escoge de su entorno el «modelo de amor» que más le sirve para obtener una orientación; dicho de otra forma: un «norte» en su brújula interna. El «pueblo» le provee muchas opciones para elegir en este sentido, cosa que no pasa en las reducidas familias de la vida «moderna». Pero se podría sustituir este recurso en gran medida si los padres aprendieran «por oficio» el *abecé de la interacción* con bebés en un espacio dedicado a ello. La estadounidense Marta Gerber creó una escuela con este fin basada en el trabajo de Emmi Pikler y no queremos dejar de manifestar aquí nuestro profundo acuerdo, aprecio y afinidad con su enfoque.

El «abecedario de la interacción» se basa en enriquecer las *competencias perceptuales* de los padres. En el momento en que un padre puede percibir una necesidad de su descendiente es altamente probable que reaccione de una manera adecuada, por simple instinto. Y si no es el caso, lo puede aprender con un poco de ayuda. Esto nos remite otra vez a la necesidad de abrir espacios para padres e infantes que fomenten la observación e interacción.

Este libro quiere ayudar a instrumentar la apertura y construcción de estos espacios. Un posible esbozo de estos espacios se basa en tres pilares: la *confianza*, el *aprendizaje* y la *concienciación*. Podríamos nombrar también el Amor, con mayúscula, en el sentido del fluir originario y natural de todas las cosas.

La *confianza* es el resultado de muchas experiencias positivas (*feedback* positivo). Si los padres aprenden a ver y apreciar todas las inteligencias y competencias intrínsecas de su bebé ganarán confianza en él y habrá menos lugar para miedos. Y, en cambio, habrá más *espacio y tiempo* para la exploración, lo que beneficiará tanto al bebé como a sus padres. El espacio de exploración, por definición, está libre de exigencias, competitividad y presión. Dentro de este marco de seguridad no hay correcto y falso al explorar, solo ensayo y error, y los errores son fundamentales para aprender (Feldenkrais). En tal atmósfera relajada se crea un *espacio emergente* donde pueden surgir espontáneamente nuevos recursos. Es un espacio creativo, lúdico, divino y ameno.

El *aprendizaje* es en primer lugar orgánico y somático. El desarrollo motor es el primer pantallazo que recibe el cerebro sobre cómo funciona el aprendizaje. El enfoque maestro del funcionamiento de este aprendizaje radica sin duda en el trabajo de Moshé Feldenkrais. Este físico y maestro de judo dejó un brillante análisis del aprendizaje a nivel de movimiento y creó un sistema que permite a cualquier adulto vivenciar, con el propio cuerpo, lo que significa el aprendizaje orgánico del bebé. Los beneficios son múltiples, tanto para la habilidad motriz del adulto como para tomar conciencia de los principios y de las características que rigen este proceso. Un mayor grado de concienciación en los padres lleva ineludiblemente a abrir los nuevos espacios que estamos evocando.

La *concienciación* es un fenómeno sumamente interesante y sin duda uno de los recursos más potentes del ser humano. No es solo una de las máximas inquietudes de la neurociencia actual sino que lo ha sido también para muchas corrientes filosóficas, religiosas y artísticas de la historia.

La toma de conciencia (*insight*) es una comprensión profunda, muchas veces súbita, basada en una experiencia concreta. Un espacio para padres de las características expuestas proveería las

condiciones para fomentar la toma de conciencia. El mejor medio para esto es el movimiento mismo (para contar con la experiencia propia) en conjunto con un «*software* actualizado» en el cerebro, es decir, una manera de pensar que integra el conocimiento teórico y práctico en un formato accesible y útil, tanto para los bebés como para los padres.

No tengo duda de que un «nuevo pueblo» emergerá en este tipo de espacio como posibilidad real. Aún hace falta mucha exploración, análisis y estudio de los múltiples aspectos pertenecientes y también de las relaciones esenciales que al final van a permitir crear una trama funcional en condiciones de cubrir todas las necesidades de los niños y de sus familias. Hay muchas tareas ya hechas y muchas otras aún por hacer.

Al terminar estas líneas, entra en mi despacho mi pequeño hijo Inti Jan (dos años y medio), me escudriña un momento con su profunda mirada y después me dice: «Papi, estoy contento. ¿Tú también estás contento?».

